

DIARIO DE UN PRÍNCIPE DESTERRADO

MULAY
HICHAM
EL ALAÚÍ

VIAJE AL REVERSO
DE MARRUECOS,
EL «REINO EJEMPLAR»

PENÍNSULA HUELLAS



**Diario de un príncipe
desterrado**
Mulay Hicham el Alauí

Viaje al reverso de Marruecos,
el «reino ejemplar»

ediciones península

Título original: *Journal d'un prince banni*

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2015

© de la traducción del francés: Elsa Cembrero Bonet

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 1^a pta.
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.com
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VICTOR IGUAL · fotocomposición
XXXXX · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B - X.XXX-2015
ISBN: 978-84-9942-377-7

ÍNDICE

Nota a la edición española: ¡Sí hay moros en la costa!	11
Prólogo	27
I. La infancia en palacio	35
II. Estudios norteamericanos	79
III. El heredero	131
IV. La ruptura	167
V. Juegos sucios	195
VI. Half Moon Bay	237
VII. Mañana, Marruecos	277
Agradecimientos	297

LA INFANCIA EN PALACIO

Soy el heredero de dos grandes países y de dos ilustres familias. Mi madre, Lamia el Solh, es la hija de una figura del panarabismo, Riad el Solh, fundador de un Estado multiconfesional y uno de los artífices de la independencia del Líbano. Su papel fue tal que Patrick Seale subtítulo su libro *La lutte pour l'indépendance árabe* (La lucha por la independencia árabe), publicado en 2010, *Riad el-Solh et la naissance du Moyen-Orient moderne* (Riad el Solh y el nacimiento del Oriente Medio moderno). Mi abuelo materno se encontró en los orígenes del pacto nacional que consagró el reparto de poder entre las diferentes comunidades del Líbano, el cual veía como el embrión de un mundo árabe libre de toda tutela.

Nacido en el año 1894, jurista de formación, Riad el Solh se comprometió muy pronto con el combate nacionalista. Luchó contra la presencia otomana y, más adelante, contra la ocupación colonial francesa. Fue encarcelado por los turcos con dieciocho años, y luego condenado a muerte por rebeldía por los franceses, que vieron en él un «agitador turbulento»; más aún, según las palabras del general Gouraud, al «autor de la conspiración» que tenía como objetivo hacer del Líbano el núcleo de un imperio árabe. Aprovechando el rediseño de mapas al final de la Segunda Guerra Mundial, el Líbano se hizo independiente y Riad el Solh fue elegido primer ministro. De este modo, participó en la construcción política del país. Colaboró en la elaboración y la aplicación de la primera Constitución del

Líbano, que establece un reparto de poderes entre los musulmanes suníes y chiíes y los cristianos maronitas. Junto al presidente Bechara el Juri, elaboró el pacto nacional que determina el equilibrio y las grandes orientaciones del Líbano independiente. El precio que pagó fue su asesinato en Ammán en julio de 1951 por instigación del colonizador británico o, según la otra tesis, por un nacionalista árabe cercano a Siria. Nací quince años después de la muerte de mi abuelo materno, por lo que no llegué a conocerlo.

La familia El Solh —*sulh*, en árabe, significa «hacer la paz», «reconciliar»— proviene de la gran burguesía otomana de Oriente Medio, activa cuando en la mayoría de los otros países de la región todavía no había burguesía. Es una familia influyente, con sólidas raíces en el Líbano, país al que ha dado cinco primeros ministros, y ramificaciones en el Golfo Pérsico. Existen viejas relaciones entre las familias El Solh y los Al Saud, fruto de alianzas entre familias reinantes o poderosas. Una de mis tías se casó con un hijo del rey Abdelaziz al Saud.

Riad el Solh tuvo cinco hijas. La mayor, que murió en 2007, se llamaba Alia. Era una periodista comprometida, conocida por sus artículos incendiarios sobre las cuestiones árabes, a menudo hostiles a Siria, y sobre la condición de la mujer árabe. Durante un tiempo estuvo casada con Naser Nachachibi, un escritor palestino militante, un hombre brillante. Después vino Lamia, mi madre. A continuación, Muna, cuyo marido, el príncipe Talal ibn Abdelaziz de Arabia Saudí, saltó durante mucho tiempo a los titulares debido a sus posturas liberales —que no son evidentes en el contexto saudí—. Muna es la madre de un magnate de las altas finanzas internacionales, Ualid ibn Talal. Por su parte, Bahiya, la cuarta hija, se casó con un chiita libanés de Saida. Leila, la más pequeña, contrajo matrimonio con otro chiita libanés, de la familia Hamadé.

La madre de las cinco hijas de Riad el Solh era de origen sirio, de una familia renombrada originaria de Alepo, los Yabri. Una de las primas maternas de mi madre se casó con el general Mustafá Tlas, durante tiempo ministro sirio de Defensa, lo que le sirvió para ser un pilar del régimen de Hafez el Asad.

Mi madre y sus hermanas fueron educadas a la sombra de su padre. La ausencia de hombres ha marcado mucho a esta familia debido a la pérdida de un hermano mayor que murió muy joven. La única presencia masculina era un primo hermano muy cercano a Riad que hacía el papel de tío, Takiedine el Solh, jefe del Gobierno entre 1973 y 1974, diputado, ministro y consejero de Riad hasta su muerte. Consideraba a mis tías como hijas propias. El signo de reconocimiento de la familia era el fez turco con el pompón inclinado hacia la derecha. Las cinco hijas fueron educadas de manera tradicional, pero «a la libanesa», es decir, con una mentalidad abierta. Pudieron estudiar: Alia estudió en el St. Antony's College de Oxford; mi madre, en la Sorbona de París. Estaban muy orgullosas de su identidad libanesa y se consideraban árabes republicanas. Al morir su marido, mi abuela hizo lo imposible para proteger a sus hijas. Se convirtió incluso al chiismo para garantizar la herencia de estas, ya que, entre los suníes, a la muerte del padre, las hijas están obligadas a repartirla con sus tíos.

Mis padres se conocieron en 1957 durante una fiesta en París, cuando mi padre, Mulay Abdalá, el hermano del futuro rey Hasán II, estudiaba para el examen de acceso a la universidad en una escuela privada de la capital francesa (más tarde obtuvo una licenciatura en Derecho en Suiza). Mi madre estaba inscrita en la Sorbona. Se veían a menudo, pero el compromiso tardó en llegar. Las cosas se aclararon cuando Mulay Abdalá acompañó a su padre, Mohamed V, durante un

viaje oficial al Líbano. Entonces el rey consintió esta unión aunque Lamia, al no ser marroquí, estaba fuera de su control. Era una aventura arriesgada para la dinastía, pero Mohamed V no sabía negar nada a su hijo. Aceptó el reto.

Mi padre, Mulay Abdalá nació en mayo de 1935. De joven, era considerado el hijo preferido de mi abuelo, que lo llamaba *Sid el Aziz*, «el maestro querido», mientras que a Mulay Hasán, el príncipe heredero, le llamaba *Sid Sghir*, «el joven maestro». Se ha descrito a mi padre como un chico encantador, atractivo e inteligente, pero frágil. Con siete años tuvo que irse a Fez durante largos meses a recibir un tratamiento contra la tuberculosis. Mulay Hasán era más tosco, pero también más robusto y más duro. En la familia decimos que, como Mohamed V sabía que Mulay Abdalá no iba a ser rey, lo mimó mucho, lo que creó una disparidad afectiva entre sus dos hijos. A partir de entonces, esta brecha perduró entre los dos hermanos: Mulay Abdalá era el hijo querido del rey, mientras que Mulay Hasán era su sucesor y su teniente. Mi padre salía, nadaba, esquiaba y jugaba al fútbol mientras que Hasán debía prepararse para reinar. Pese a todo, existía una gran complicidad entre los jóvenes príncipes. Mi padre sentía afecto y admiración por su hermano mayor.

La versión oficial, *ad usum populi*, del encuentro de mis padres es una bonita historia de amor, un cuento de hadas en el que la pasión lo puede todo. Por un lado, Mulay Abdalá, descendiente de una monarquía casi milenaria. Por otro lado, una chica que proviene de una familia republicana, educada de forma occidental, que lleva vestido mucho antes que el resto en vez del *hijab* tradicional (aunque la princesa Lalla Aicha, una de las hijas de Mohamed V, se quitó el velo en público en esa misma época para dar ejemplo). No obstante, esta versión de un encuentro maravilloso entre el Máshrek (Oriente Próximo) y el Magreb está ligeramente adornada. La realidad es que mi

padre ya necesitaba ligeramente de oxígeno: un soplo de aire fresco fuera del sistema marroquí. Era una cuestión de supervivencia. ¿Presentiría que después de la muerte de su padre se le haría imposible la vida en el majzén? El hecho es que buscaba, tal vez inconscientemente, redes externas que le ofrecieran un santuario, un refugio. *In fine*, aunque parezca bastante paradójico, esto más bien iba a favorecer a Hasán II, ya que, a lo largo de su reinado, se beneficiaría de estas redes. A principios de los años setenta, cuando mi padre se convirtió en «representante personal» de Hasán II, puso todos sus contactos en el Líbano y en el Golfo a disposición del rey.

Cuando conoció a mi madre, mi padre aún tenía una buena relación con su hermano. Más tarde, durante sus momentos de angustia, me contó que había sido el testigo impotente de la degradación de las relaciones entre Mohamed V y Mulay Hasán. El príncipe heredero era agresivo y reivindicaba amplios poderes. Por su parte, Mohamed V se quejaba de que su sucesor tomara demasiadas iniciativas y quemara etapas —aunque, en realidad, la dureza del príncipe heredero servía a menudo a la monarquía—. Entre el padre y el hijo con frecuencia se oían gritos. Mi padre presentía la crisis que estaba por llegar: la dureza con la que Hasán II gestionaría el Movimiento Nacional que llevaría a nuestro país a la independencia, la aproximación a Occidente —Francia y América— y la incorporación de Marruecos al Movimiento de Países No Alineados, tercermundista...

Estas cuestiones constituyen el núcleo de «la alianza entre el pueblo y el trono», es decir, del pacto del poder. En realidad, dos pactos coexistieron en aquella época: uno se concluyó con el Movimiento Nacional; el otro, más vasto, englobaba al primero, pero comprendía la sociedad marroquí en su conjunto. Este último pacto hacía del rey el cimiento de la nación, su representante no solo como príncipe de los cre-

yentes, sino como cuerpo místico del pueblo. Estaba a cargo de velar por lo que llamaríamos ahora la «buena gobernanza», que en Marruecos no se podía concebir en desacuerdo con el islam.

¿Cómo hemos pasado de un Mohamed V deportado, al cual los marroquíes creían ver en todas partes por lo mucho que deseaban su vuelta del exilio, a un Mohamed V con chilaba tradicional que reniega tanto de esta aspiración popular como del Movimiento Nacional? Sin duda, el rey se dio cuenta de que era el precio por pagar para conservar su trono. Esta convicción no nació de la noche a la mañana; se forjó gradualmente. El rey integró a ciertos miembros del Movimiento Nacional en el ejército; paralelamente, ordenó oleadas de detenciones; a nivel internacional, suavizó su línea tercermundista con un acercamiento a Francia y a Occidente en general. Sin embargo, los que vivieron esa época en primera fila afirman que el artífice de esta política fue, sin duda, el príncipe heredero. Después de aplastar la revuelta del Rif con el general Ufkir, Mulay Hasán tenía una cierta influencia sobre su padre. Son varios los que dicen que la ecuación política no se reducía inevitablemente a una elección entre el rey y el Movimiento Nacional. El día antes de su fatídica operación, Mohamed V habría decidido aceptar el reparto de poder con el Movimiento Nacional, con la única condición de que, a cambio, se garantizara la perennidad de la monarquía. Pero esto es una pura hipótesis alimentada retrospectivamente. ¿Es cierto? ¿Es falso? Tal vez la supervivencia de la monarquía más allá de Mohamed V no ha sido más que un accidente de la historia.

Una cosa es cierta: después de la muerte inesperada de su padre, Hasán II tuvo que reconquistar el trono. Se lo ha visto

más como un pionero que como un heredero. También ha sido el primer rey realmente a caballo entre la cultura árabe y la cultura occidental. Con anterioridad, el soberano importaba algunos elementos de la cultura occidental y los integraba en la cultura marroquí. Mohamed V se afeitó la barba y le pidió a su hija Lalla Aicha que se quitara el velo con diecisiete años, en abril de 1947. Pero eran gestos en un contexto que todavía era inequívocamente marroquí. Hasán II, en cambio, llevó a cabo una fusión entre las dos culturas, lo que no sucedió sin causar algunos problemas. En términos de vestimenta, Hasán II tenía un gusto bastante particular, más Chicago que Savile Row... Tampoco estaba seguro en la elección de sus coches o de sus muebles. Tenía un lado de «nuevo rico» que buscaba destacar. Con él, la monarquía añadió boato, lo que no había sucedido con Mohamed V. Su decisión de ser el «Rey Sol», de ocupar todos sus palacios, impulsó a la casa real, y por lo tanto al Estado, a un círculo infernal; los gastos conllevaban más gastos, el esplendor pedía más esplendor. Esta inclinación al lujo formaba parte de su búsqueda de reconocimiento y legitimidad.

Cuando murió Mohamed V, hubo todo tipo de rumores sobre las circunstancias de su fallecimiento; algunos incluso implicaban a Hasán II en la muerte de su padre. Pero nunca hubo pruebas de que no se tratara de una muerte accidental. La historia no se construye sobre supuestos, y esto sirve también para su oponente Mehdi Ben Barka, que según algunos habría desempeñado un papel en el mantenimiento de la cohesión entre el trono, el Movimiento Nacional y el pueblo. Indiscutiblemente, Ben Barka era una figura carismática, pero creo que ni él habría sido capaz.

Después de la muerte de Mohamed V, varias personas intentaron descalificar a Hasán II por considerarlo un indigno sucesor; incluso lo difamaron como hijo ilegítimo, intentaron

derrocarlo. De este modo, lo acorralaron cuando solo buscaba legitimidad y, digámoslo, afecto. Fue un error. Esto lo incitó a volverse muy duro rápidamente. Y tenía sus motivos: atentaron contra su vida en dos ocasiones, una vez quisieron —no hay otras palabras— freírlo a tiros durante su fiesta de cumpleaños en el palacio de Sjirat y otra trataron de ametrallarlo en pleno vuelo cuando volvía de Europa a bordo de un Boeing real. Fueron dos tentativas de golpes de Estado, en 1971 y en 1972, en las que estuvieron implicados nacionalistas. Como respuesta, llegaron los «años de plomo», aunque esta sucesión de hechos no libra a Hasán II de su responsabilidad por los veinte años de terrible represión. El rey solo concedió la «alternancia», es decir, la participación en el Gobierno de los herederos del Movimiento Nacional, tras agotar todas las alternativas: el estado de excepción por supuesto, pero también los partidos «olla a presión», que servían de válvula de seguridad para evitar que la tapa saltara, los gabinetes tecnócratas o el mapa étnico en el juego real de la división para reinar mejor... Al final de su reinado, cuando Hasán II regresó al Movimiento Nacional, en 1998, este ya estaba exhausto. El rey se reencontró con un zombi. Es evidente que hablar hoy del Movimiento Nacional ya no tiene sentido. Como mucho, se trata de una manera de apelar a la nación, a la ciudadanía, al sentido de sacrificio para la colectividad, con el riesgo de que a las jóvenes generaciones la referencia les parezca anticuada.

A principios del año 1961, mi madre llegó a Marruecos para casarse con mi padre. Mohamed V, como mi abuelo había fallecido, pidió previamente la aprobación a mi abuela materna. El rey lo hizo primero de forma directa y, más tarde, para respetar las formas, le envió una delegación de grandes perso-

najes del majzén, entre los cuales se encontraban una de sus tías y una de sus primas, Lalla Amina y Lalla Fátima Zohra, respectivamente, rodeadas de dignatarios como Fatmi Benlismane y el jeque del islam Mulay Larbi el Alauí, entre otros. A todo esto, el 26 de febrero de 1961, Mohamed V se sometió a la intervención quirúrgica ya mencionada, la que acabó con su muerte. Aunque no existían reglas precisas en la materia, se decidió que la boda tuviera lugar pasados los seis meses de duelo, es decir, en noviembre de 1961. Mi padre, en realidad, no estaba disgustado por poder prolongar un poco su soltería. El fallecimiento del rey no puso en cuestión el principio de una unión con una extranjera. Cabe decir que no era tan excepcional que un alauí se casara con una mujer que estaba fuera de los círculos acordados y del terreno familiar. De hecho, nuestros antepasados incorporaron un patrimonio genético bastante diversificado... Se casaron con africanas o turcas, esclavas o no —hablaré más adelante sobre el estatus de los esclavos en la corte real—. Entre estas «contribuciones», se encontraron también muchas inglesas e irlandesas, robadas por piratas y ofrecidas como regalos al soberano. Estuvieron ocultas en la historia oficial porque había que proyectar una imagen de autenticidad cultural, además de «pureza racial». Me acuerdo de una entrevista de Hasán II para la revista francesa *Point de Vue* en la que afirmaba, sin mencionar el nombre de mi padre, que era un error casarse fuera de su círculo. En cambio, cuando nació Lalla Sukaina, la hija de Lalla Mariam y de Fuad Filali que se iba a convertir en la nieta preferida de Hasán II, el rey se maravilló sin reparo ante los ojos azules de la recién nacida. «Los ha heredado de su bisabuela turca», comentaba recordando los ojos azul oscuro de la madre de Mohamed V. Tenía bemoles, puesto que la madre de Fuad Filali, Anne Filali, era una italiana de ojos azules... En definitiva, cuando se trataba de usurpar la herencia, a Hasán II no le

daba vergüenza el patrimonio genético bastante «mezclado» de la familia.

Ya casados, mis padres se instalaron en Rabat, en una de las casas de Mohamed V, construida en un principio para alojar a sus hijas. Al final, prefirió instalar a cada una de ellas en una casa individual, y había conservado para Mulay Abdalá esta casa grande, situada a 100 metros de la suya, en el barrio de Agdal. Esto le permitía cenar todas las noches con mi padre, a diferencia de Mulay Hasán, cuya residencia estaba más alejada. En los primeros años esta nueva vida fue muy dura para mi madre, que tuvo que hacerse a la idea de que su marido no le pertenecía: se había casado con un príncipe que tenía diferentes costumbres, su propio estilo de vida y unas obligaciones. Oficialmente, era el presidente del Consejo de Regencia y, por este motivo, habría sido llamado para gobernar el país si Hasán II hubiese fallecido antes de la mayoría de edad de su hijo. Mi padre no tenía otras actividades políticas, pero trataba con muchas personas, incluso con miembros de la oposición.

Nuestro domicilio era un espacio público. Con frecuencia teníamos treinta personas desayunando y lo mismo sucedía en las cenas «restringidas». Mi madre apenas lograba tener momentos de intimidad con su marido y sus hijos. Las grandes veladas reunían fácilmente alrededor de trescientas personas: intelectuales, opositores, artistas, empresarios, militares... Todos estos invitados tenían peticiones que formular, algunos para conseguir favores especiales o un privilegio, otros para pedir una ayuda en política. Era un tiovivo de favores que giraba sin cesar.

Nuestra casa era una réplica en miniatura del palacio: reinaban las mismas costumbres, aunque se notara más humanidad. También había todo tipo de intrigas. En ningún momento

Mulay Abdalá se habría atrevido a cortar el cordón umbilical con el palacio. Hasán II podía tirar de la cuerda desde su casa con la seguridad de que la campana iba a sonar al otro lado de la calle, en nuestra casa. El hecho de que mi padre estuviera constantemente rodeado de un contingente de gendarmes y policías encargados de su seguridad no favorecía una atmósfera demasiado íntima.

Además, varias concubinas turcas ofrecidas por el emperador otomano a mi bisabuelo Mulay Abdelaziz vivían en nuestra propiedad. Pasaban las noches en nuestra casa y, en cierto modo, formaban parte de la familia, ya que habían venido durante la adolescencia y nunca habían salido del harén. El harén, ya jubilado, estaba situado en la casa principal de mi padre. Evidentemente ya no era un harén en el sentido físico, pero mi padre se preocupaba por el bienestar de estas concubinas turcas y el de otras familias ligadas a Mohamed V o a sus antecesores. Se habían relacionado con los sultanes de forma íntima, por lo que había que proteger su honor. Este harén tenía sus propios criados y su cocina aparte. Las señoras solo salían para ir al palacio a visitar a otras señoras con las que compartían las mismas viejas historias. Era impensable que estuvieran en otro sitio. Del mismo modo, solo podían recibir a sus padres. Ocuparse de estas mujeres era propio de la voluntad familiar de «no perder a nadie». Permanecer juntos significaba cooperar y regenerarnos juntos: se trataba de un equilibrio de poder con el exterior, el mundo más allá de los muros del palacio. Al conservar una masa crítica, la «gente del palacio» creía poder influir en el exterior; de forma más realista, era una forma de preservarse de una mezcla que habría supuesto su disolución en la masa.

Recuerdo a dos mujeres del harén realmente excepcionales: Nayiba y Hayar. Estaba muy unido emocionalmente a esta última, hasta tal punto que he puesto su nombre a una de mis

hijas. De pequeño, entraba a menudo en el barrio de las concubinas. Me encantaba mirar sus fotos, en las que salían con el rey o con el sultán otomano. Estas mujeres hablaban turco y árabe marroquí, o *darija*. Eran maravillosas tocando el piano. A mi padre le gustaba cantar con Hayar. Ella tocaba y él cantaba. Para mí, Hayar encarnaba el misterio, ya que tenía un secreto íntimo. Había sido la concubina preferida del rey Mulay Abdelaziz. Sin embargo, solo había tenido un encuentro carnal con él. ¡Solo uno en toda su vida! El palacio entero sabía que había pasado algo aquella noche, ya que hubo un zafarrancho de combate, incluso se había llamado a la guardia. En cuanto a qué había sucedido exactamente... Mi madre chinchaba a menudo a Hayar para conocer su secreto, pero mi padre objetaba: «Deja a mi tío tranquilo, se trata de la vida íntima de los alauíes». Hayar nunca dijo una palabra.

Mucho menos discreto que Hayar era uno de nuestros servidores, Ahmed, al que le encantaba escuchar tras las puertas. Espiaba a mi padre tanto si estaba con un amigo como con un jefe de Estado extranjero... Un día mi padre abrió la puerta bruscamente, y Ahmed se cayó de espaldas, como en una comedia. Muy irritada, mi madre solicitó su despido. Cuando se quería informar a Hasán II de algo, bastaba con decirlo en voz alta: seguro que Ahmed lo contaba en el palacio el mismo día. A la inversa, algunos servidores de Hasán II venían a contar a mi padre información de «enfrente». Cada uno quería saber lo que sucedía en el otro lado de la calle. Era un entramado de espionaje, contraespionaje e intoxicación.

Conservo también el recuerdo de los cuentacuentos que vivían en nuestra casa. Había todo un ritual. Antes de dormir, por ejemplo, íbamos a escuchar una historia. Algunos cuentacuentos ya habían trabajado para los sultanes Mulay Abdelaziz o

Mulay Hafid, y para el rey Mohamed V. Eran eruditos llenos de humor que hablaban sin rodeos. El cuentacuentos preferido de mi padre era un hombre que había encontrado en la famosa plaza de Yamaa el Fna, en Marrakech. Mi padre se paseaba un día, de incógnito, cuando oyó al cuentacuentos relatar una historia maravillosa. Por la noche, envió una furgoneta de policía a buscarlo —una oferta de empleo irresistible—. Ba Yelul llegó a casa con un turbante y una pequeña maleta, sin saber qué queríamos de él. Al final estuvo encantado de estar allí; se instaló permanentemente y todo el mundo lo adoraba. Se convirtió en una institución. Cuando entraba en una habitación, todo el mundo se levantaba. Era un hombre sin tapujos. A tal punto que, un día que mi padre no conseguía dormirse durante la siesta, Ba Yelul, irritado, encendió la luz, le dio una patada y le dijo: «Oye, ¡nos amargas la vida! No consigues dormir y nos lo haces pasar mal a todos». Todos se quedaron estupefactos porque, sin duda, en su fuero íntimo pensaban más o menos lo mismo. Pero ¿cómo se atrevía a dar una patada al príncipe? Todo acabó en un ataque de risa general. Este hombre tenía derecho a cometer este tipo de transgresiones, ya que había entrado en nuestra casa con una chilaba y se iba a ir con una chilaba y nada más. No buscaba ningún beneficio para él, absolutamente nada. Encarnaba el «verdadero Marruecos», el país ideal. Mi padre, de hecho, se lo dijo delante de todo el mundo: «Nunca me has pedido nada, Ba Yelul. ¡Nunca! Así que hoy te hago la pregunta: ¿qué quieres? Te lo daré. ¿Una granja? ¿Un coche? ¡Te doy lo que quieras!». Alrededor de Ba Yelul, todo el mundo se apresuró en soplarle las mejores respuestas: «¡Di una granja!», «Espera, di que vas a pensártelo»... Pero él se giró, se bajó el pantalón y exclamó: «*Sidi*, tengo un problema de hemorroides. Si encontraras una solución, sería maravilloso».

Enfrente, en la casa de Hasán II, también había cuentacuentos. Tenían maestros del discurso truculento y burlón, además de poetas y doctores en religión. Hasán II, después de los golpes de Estado de 1971 y 1972, no conseguía conciliar el sueño hasta el amanecer, sobre las cinco de la mañana. Durante la noche trabajaba, espulgaba sus documentos, hurgaba en sus archivos. Tenía la obsesión del detalle. Como consecuencia de sus insomnios, no se levantaba hasta las once de la mañana y dormía una siesta después del desayuno. Los cuentacuentos le narraban historias al levantarse de la mesa, para preparar su reposo. A Hasán II le gustaba la *vox populi* que oía en sus historias, más por captar el humor de su pueblo que por la poesía que se desprendía. Y también utilizaba a los cuentacuentos para difundir mensajes hacia el exterior. Por lo tanto, no era como en nuestra casa, donde mi padre se evadía a mundos imaginarios gracias a los cuentacuentos. En casa de Hasán II, los cuentacuentos conectaban al soberano con el país real. Sin embargo, a veces los dos hermanos se intercambiaban a sus cuentacuentos —igual que hoy en día nos prestamos los DVD de una buena película—. Cuando los cuentacuentos del rey llegaban a nuestra casa, se sentaban en la mesa con mi padre, se divertían, bebían. Para ellos era una tranquilidad. En cambio, para Ba Yelul era la prueba de fuego, la ordalía. Una vez que quería volver con nosotros, le dijo a Hasán II: «*Sidna*, prefiero irme a casa de tu hermano, ya que estar aquí es como estar en el hospital».

Hay que decir que en casa las bromas no siempre acabaron bien. Un día, mal inspirado, mi padre tuvo la idea de gastar una broma y se quedó inmóvil en el fondo de nuestra piscina. Dos servidores que podaban rosales se arrancaron la ropa y se tiraron al agua para «salvarlo». Los que estaban alrededor, una veintena de personas, entre las cuales tres no sabían nadar, fueron detrás, como reflejo de los cortesanos,

para no ser menos. Al salir a la superficie, en medio de una multitud de salvadores que discutían en la piscina, mi padre ya no sabía si reír o llorar.

Concubinas, domésticos, militares, cuentacuentos... acogíamos de forma permanente una gran fauna ¡especialmente proclive a las artimañas y estratagemas de todo tipo! Durante el tiempo en que mi padre fue «representante personal», entre 1970 y 1972, nuestra casa se transformó en una exposición universal, por no decir en un zoo humano. En el marco de sus funciones, mi padre viajaba mucho y, en cada misión, traía algo o a alguien del país visitado. De su visita al mariscal Josip Broz *Tito*, volvió con un médico personal. De Corea del Sur, trajo otro médico, militar esta vez, el doctor Li. También trabajaban en casa dos instructores de artes marciales coreanos, el coronel Kim y el teniente Bao Li, que me iniciaron en sus disciplinas desde pequeño. Más tarde, mi padre volvió de Pakistán con tres oficiales pakistaníes vestidos con ropa tradicional que, según él, ¡iban a trabajar como mayordomos! Era un intento de racionalizar un poco nuestro majzén. Desgraciadamente, nunca se racionalizaba nuestra casa, sino que más bien los recién llegados se «majzenizaban». Por ejemplo, el doctor Li, que era una especie de «musculitos», se convirtió en un *showman* que se clavaba una aguja en el bíceps y la volvía a sacar del otro lado para sorprender a nuestros invitados. También hacía que le pusieran tablas sobre el cuerpo y pedía que un coche pasara por encima. Uno de los tres tenientes pakistaníes cambió el uniforme por una chilaba marroquí y ya no quiso volver a su país. Le habían amputado una pierna a raíz de un accidente de carretera durante sus vacaciones en Pakistán. Suplicó a mi padre que le dejara volver a Marruecos para seguir trabajando en nuestra casa en vez de

quedarse cerca de su mujer y sus hijos. ¡Estaba totalmente «majzenizado»!

Esto sucedía a menudo. Años más tarde, mientras realizábamos un viaje a Michigan bajo la protección del FBI, dos *chauchs* (funcionarios de bajo nivel) de mi padre le pidieron utilizar una línea telefónica especial instalada por los agentes estadounidenses que llevaba este letrado a modo de advertencia: «*FBI. For official use only*». Los trató como a locos, y les aseguró que les pondrían las esposas en menos de diez minutos si utilizaban esa línea. Sin embargo, al día siguiente me encontré a un agente norteamericano comiendo una *pastela* al lado del teléfono, con su arma sobre la mesa, sonriente, mientras los *chauchs* hablaban por teléfono con Marrakech. «*Take your time!*», les dijo el tipo del FBI. Había sido «majzenizado» él también, ¡fagocitado por el sistema! Aceptó una sociabilidad anclada en la transgresión, que crea vínculos mucho más fuertes que el respeto compartido de lo prohibido. En definitiva, había entendido la regla de oro del majzen.

En este contexto, mi madre no tenía ninguna posibilidad de cambiar a mi padre, pero había sido el soplo de aire fresco que necesitaba. Para él era un parapeto, una especie de muralla que Hasán II solo podía traspasar a base de grandes esfuerzos, y no sin temor a represalias. Se lanzaba al asalto de la ciudadela Mulay Abdalá, y caía sobre Lamia el Solh, que le impedía pasar. Desde este punto de vista, nuestra casa era una especie de pueblo galo. Pero, para ser sincero, la otra cara de la moneda era la mala conciencia que mi madre le generaba a mi padre. Ella habría querido que él se ajustara a criterios y normas de comportamiento que era incapaz de lograr. Con frecuencia, él daba vueltas por la casa como una fiera enjaulada. Quería participar en la gestión del reino, quería ser indispensable para Hasán II, buscaba satisfacer su necesidad de amor y de reconocimiento; pero no lo conseguía. Su única forma de

relajarse era huyendo de una forma u otra, a menudo cogiendo el coche para ir a cenar a su casa de Aïn el Aouda, a media hora de Rabat.

Así pues, había en mi madre una faceta protectora y otra faceta —involuntaria, por supuesto— devastadora. Le decía: «¡Mira los amigos que frecuentas; no son premios Nobel! Son cortesanos, pobres tipos que vienen a recoger las migajas». Muy orgulloso de su mujer, de la que hacía gala como si se tratara de un trofeo o una mascota, mi padre sufría por su rigor, por esa manera que tenía de hacerle sentir que era ocioso e inconsistente. Nadie lo había criticado nunca de ese modo, ¡aún menos en palacio! Hasán II, que era un *conducator* y pretendía conquistarlo todo y tener a todo el mundo dominado, jugaba hábilmente con esa dualidad. Cuando notaba armonía entre mis padres, intentaba destruirla, y cuando notaba tensiones, jugaba a la división. Entonces le contaba a mi madre que él mismo sufría por la falta de iniciativa de mi padre, y que le habría gustado verlo afrontar desafíos.

En realidad, Hasán II no soportaba que nadie le hiciera sombra. Engrdeído, reivindicaba una originalidad absoluta, incluso una naturaleza divina. No podía aceptar la idea de tener un *alter ego*, bajo ningún concepto, fraternal ni, más tarde, filial. Hasán II deseaba ser el único; su narcicismo era tal que no soportaba ni a mi padre como su «doble» ni a su hijo como sucesor. Porque mi padre era un adversario potencial. Muchos veían en él una alternativa a su hermano, que era la encarnación de los elementos retrógrados del majzén, con su gusto por el fasto y por las actitudes de sumisión, más propios de otro siglo.

Nací en Rabat el 4 de marzo de 1964, en el hospital Avicena, en una sala especialmente habilitada para los miembros de la familia real; dicho de otra forma, en la más pura tradición del

majzén. Esta, cuando se reconoce el vínculo biológico entre el niño y la madre, exige que la educación recaiga en la familia real en su conjunto. Hay una primacía del palacio sobre la casa parental. De este modo, primero fui educado por gobernantas marroquíes encargadas de inculcarme los valores tradicionales, especialmente la religión, y luego por una institutriz española, Celsa Hernández, que fue para mí un arrecife al que me enganché como una lapa. Mi madre confiaba plenamente en ella y también dejó a mi hermana a su cargo. Le debemos mucho, sobre todo por habernos inculcado el sentido del rigor y la disciplina.

Las niñeras occidentales son una verdadera institución entre los alauíes. Como muchos musulmanes, estamos obsesionados por ese Occidente que nos sobrepasa, que nos domina y al que hay que arrebatarse el poder secreto. El niño tiene que sumergirse en la cultura occidental para que la tierra del islam no vaya eternamente rezagada.

No tenía todavía dos años cuando, el 29 de octubre de 1965, secuestraron al opositor Mehdi Ben Barka en París, delante del restaurante Lipp, en el bulevar Saint-Germain. A partir de ese momento, y sea cual sea el juicio con relación al hombre político, Mehdi Ben Barka entró en el patrimonio marroquí como el ausente más presente, un cuerpo y un alma arrancados a la nación. En la actualidad, es un fantasma molesto, tanto para sus compañeros de lucha como para la monarquía. No ha dejado de atormentar nuestras mentes. Su «desaparición» alimenta la imaginación y el crimen de Estado del cual fue víctima no deja olvidar los episodios históricos por resolver. Todo lo que le concierne crea polémica. Como cuando se le descubrió, tardíamente, un pasado de «honorable corresponsal» de los servicios secretos checoslovacos. En cualquier caso,

si esas revelaciones sobre su papel de agente del Este fueran ciertas, no desentonarían en el contexto de la guerra fría. Ben Barka había elegido su bando y no lo disimulaba. En un mundo bipolar, colaborar con los servicios secretos checoslovacos parece bastante banal para un marxista. Tan banal como lo era para Hasán II combatir a su propio enemigo por todos los medios.

Cuando era niño, no hablábamos nunca de Ben Barka, ni con mi padre ni con mi tío, pero yo escuchaba mucho tras las puertas. Oía a mi padre decir que él no dudaba de que Ben Barka había sido asesinado por los servicios secretos marroquíes. En concreto, he crecido con una historia murmurada, un secreto cuchicheado en los círculos más íntimos: «La cabeza de Ben Barka ha sido llevada y presentada a Hasán II». Oí esta confidencia de forma recurrente de boca de dos o tres amigos muy cercanos a mi padre. Provenía del doctor Cléret, médico personal de Mohamed V y luego de Hasán II, que se la había contado a mi padre.

Hoy todo el mundo está de acuerdo en que el asesinato de Ben Barka fue un asunto esencialmente marroquí, pero todavía no se ha conseguido esclarecer las circunstancias de su muerte. ¿Fue un accidente? Los mafiosos franceses encargados de la tarea, o los agentes marroquíes enviados para recuperar al opositor, ¿llegaron demasiado lejos sin quererlo? ¿O fue un asesinato planificado? Esta duda atenúa la responsabilidad de Hasán II, que sería total si la historia de la cabeza cortada fuera verídica. Exigir ver la cabeza de la víctima implicaría que el crimen era premeditado. Conociendo las relaciones del doctor Cléret con mi familia, no veo por qué habría contado a mi padre una historia tan morbosa si no fuera verdad.

Hasán II evitaba el tema a toda costa. Me acuerdo de una discusión cuando vimos con él *Las locas aventuras de Rabbi Jacob* con el actor cómico Louis de Funès. Como era joven y sin se-

gundas intenciones, exclamé: «¡Pero si es una película sobre Marruecos!». El rey me contestó con vehemencia: «No, esto no tiene nada que ver con Marruecos. Es una película que se desarrolla en Argelia, ¡Marruecos no tiene petróleo!». Uno de los personajes de la película estaba, efectivamente, inspirado en Ben Barka, pero Hasán II no quería que estableciera esta asociación.

¿Qué parte de responsabilidad tenía el rey en el asunto de Ben Barka? La cabeza llevada a Hasán II tiene un gran peso, pero la respuesta pertenece a los historiadores. Mientras tanto, los últimos testigos supervivientes en Marruecos o los documentos todavía clasificados como «secreto de defensa» en Francia podrían reflatar el asunto en cualquier momento. Apuesto a que un día las zonas sombreadas que todavía persisten serán disipadas (pero esto a lo mejor ocurrirá en medio de una relativa indiferencia, si para entonces el paso del tiempo ha difuminado el interés por el martirio de la izquierda marroquí).

En septiembre de 1970, a los seis años, me incorporé al Colegio Real, ubicado en un edificio sobrio dentro del recinto de palacio. Tradicionalmente, la educación de los príncipes se lleva a cabo en esta institución, creada por Mohamed V en 1942 para sus dos hijos. Hasán empezaba entonces la secundaria y mi padre, el último curso de primaria. Los antecesores de Mohamed V habían enviado a sus hijos con los ulemas, para recibir una educación esencialmente religiosa. La intención de Mohamed V era doble: quería crear un lugar de excelencia moderno a la vez que un crisol en el que los príncipes estuvieran en contacto con niños de todos los orígenes. El Colegio Real se concibió como una representación en miniatura de Marruecos, con sus divisiones étnicas, sociales y regionales. Era una buena idea. Desgraciadamente, fue difícil plasmarla

en los hechos. Sin duda, los niños que habían sido formados con los príncipes —primero con mi tío y mi padre y luego con el príncipe heredero, Mulay Rachid y yo— aportaban realmente algo a estos en términos de apertura hacia los diferentes segmentos de la sociedad marroquí. Sin embargo, arrancados de sus hogares en la infancia, sufrían un desarraigo que los llevaba inevitablemente a una actitud entusiasta con relación a la monarquía, que era su único anclaje. Al separarlos de su familia y su terruño, cambiaban muy rápido y demasiado profundamente como para poder reintegrarse en su antiguo mundo. Se convertían en realidad en jenízaros, es decir, la «nueva tropa» —*yani çeri* en turco— del majzén. Así, no solo no se lograba el objetivo del Colegio Real, sino que, aún peor, se reforzaban las ideas de sumisión de unos y la arrogancia de otros. Seamos claros: el Colegio Real es una institución obsoleta y contraproducente que tendría que ser suprimida.

Durante los primeros años en el Colegio Real, los príncipes vivían todavía con sus padres. La madre ejercía su deber de protección natural de los jóvenes, un derecho llamado *al hadana*, una barrera infranqueable para el bien del hijo. Al llegar a la pubertad, se pasa a ser interno. Por mi parte, al principio estaba muy contento de ir a clase con mi primo *sidi* Mohamed, un año mayor que yo, por el que sentía un gran afecto. Cuando tenía problemas con mi padre, era él quien me tranquilizaba. Éramos una buena decena de estudiantes de todo el reino, todos con ropa occidental, pero sentados en bancos como en una *medersa*. Había que levantar la mano para que te dieran la palabra y ponerse de pie para responder al profesor, que, más allá de su autoridad pedagógica, era animado para «corregirnos» físicamente. La enseñanza estaba centrada sobre todo en la memorización. Además, los martes y domingos, *sidi* Mohamed y yo estábamos obligados a realizar un entrenamiento militar; los miércoles y sábados, montábamos a caballo.